

LA EXPERIENCIA SACRAMENTAL SEGÚN NICOLAS CABASILAS⁶⁸⁰

Según Nicolás Cabasilas, la experiencia religiosa está ligada a la práctica sacramental. Esa experiencia, en modo alguno se describe como la emoción estética que pudiera sentir el espectador de solemnidades litúrgicas. La recepción de los sacramentos hace nacer y desarrolla ese sentido de Dios, ese contacto vivido que es la experiencia. Hay allí un elemento nuevo y muy original: por un lado la experiencia religiosa de los grandes místicos parecía desarrollarse en un clima extra-sacramental, esto es característico en Gregorio Palamas, contemporáneo de Cabasilas; por otro lado, las grandes mistagogias de san Juan Crisóstomo, de san Cirilo de Jerusalén, de Teodoro de Mopsuestia desarrollan poco y hasta ignoran ese aspecto sacramental. Su actitud reticente se explica, tal vez, por una reacción contra la sacudida psíquica de mala ley provocada artificialmente en los cultos místicos.

Según Cabasilas, el pecado “anestesia” al hombre, lo hace insensible a lo espiritual, “impermeable” a la gracia dirá Péguy. Esa insensibilidad (553 D)⁶⁸¹ incapacita para la experiencia de Dios.

Los sacramentos tienen como fin y por efecto volver a dar al hombre un “corazón de carne” (2 Cor 3, 3), devolverle esa sensibilidad sobrenatural, esa receptividad a la gracia que el pecado le hizo perder. ¿Cuáles son, según Cabasilas, los caracteres de esa experiencia sacramental?

1. La experiencia sacramental es superior al conocimiento intelectual

Cabasilas distingue el conocimiento por experiencia del conocimiento por referencias ajenas y muestra la superioridad del primero, que nos pone en contacto directo con el objeto mismo. Es más, el objeto conocido experimentalmente, actúa sobre nosotros directamente, mientras que el objeto conocido por intermedio de un maestro no ejerce sobre nosotros influencia:

“El Bautismo obtiene para los neófitos una cierta percepción y un pregozo de Dios. Han visto *La Belleza* en todo su esplendor, la han admirado, han gozado de ella. Experimentalmente, han adquirido un conocimiento mucho más profundo que el adquirido a través de un maestro. Existen, en efecto, dos modos de conocer: instruirse junto a un maestro o informarse por sí mismo. La enseñanza de otro no nos hace tocar el objeto: a través de las palabras, vemos la representación de ese objeto, pero no precisamente el objeto mismo, porque no es posible encontrar en la naturaleza un objeto absolutamente igual al primero, para que le sirva de término de comparación. Mientras que conocer experimentalmente significa alcanzar directamente el objeto; en ese caso, la forma misma del objeto se imprime en el alma y, reflejo fiel de la belleza de ese objeto, despierta el deseo” (552 C).

La experiencia no es como el conocimiento intelectual –siempre transmisible–, no puede ser conocido más que por aquel que la hace o por aquel que se disponga a ello por la recepción de los sacramentos. El rito introduce en la experiencia, pero la experiencia misma es incomunicable.

⁶⁸⁰ De la revista *Irenikon*, n. 2, tomo XXXVIII, 2º trimestre, 1965. Tradujo: Hna. Ma. Rosa de Nevares, osb. Abadía de Santa Escolástica.

⁶⁸¹ Las referencias envían a la edición “La Vida en Cristo” en la *Patrología Griega* de MIGNE, tomo 150, cols. 493-725.

“El agua del Bautismo destruye una vida y produce otra, sumerge al hombre viejo y hace emerger al hombre nuevo. Es evidente para quienes lo han experimentado” (552 B).

Por otra parte, es a propósito de un versículo de un salmo cuando Cabasilas desentraña la experiencia espiritual de David: “Yo sé que el Señor es grande” (S 135, 5). Yo sé, dice el salmo, por una experiencia personal y no por referencias ajenas, y nos invita a hacer otro tanto: “Gustad y ved qué bueno es el Señor” (*Sal* 33,9). A pesar de haber cantado en todos los tonos la bondad inefable de Dios, estima que esos cantos son impotentes para dar una idea, e invita a sus oyentes a hacer por sí mismos la experiencia:

“El Bautismo pone ese conocimiento experimental en las almas de los bautizados: revela a la creatura el Creador; a la inteligencia, la Verdad; al deseo, el Único Ser deseable” (560 B-C).

“La gracia pone el amor verdadero en las almas de aquellos que participan en los sacramentos (literalmente: de los iniciados). En cuanto a su operación en nosotros y a su iluminación, no se puede conocer sino por experiencia personal. Se puede decir en general que ella da el sentido de los bienes divinos” (720 D).

2. La experiencia sacramental colma y sobrepuja todos los deseos humanos

Es uno de los *leitmotifs* de Cabasilas demostrar cómo el hombre es hecho para Dios: en Él encuentra su fin y su reposo.

“A los que han gustado al Salvador les está presente el objeto de su deseo en vista del cual han sido creados desde el principio con su pasión concupiscible orientada hacia él como hacia su norma y su término, con su corazón que es como un estuche inmenso capaz de contener a Dios. Es por eso que, aun cuando hayamos conquistado todos los bienes de este mundo, nada nos sacia, nada calma nuestro deseo, seguiremos siempre con sed, como si no hubiésemos alcanzado aquello que deseábamos. La sed del alma humana tiene necesidad de un agua ilimitada, ¿cómo podría saciarlo este mundo finito? Es lo que da a entender el Señor a la Samaritana: “Aquel que beba de esta agua tendrá siempre sed, pero el que beba del agua que yo le daré no tendrá más sed”. He ahí el agua que apaga el deseo del alma humana. ‘Me saciaré cuando aparezca tu gloria’ (*Sal* 16,15). El ojo ha sido creado para encontrar su bien en la luz, el oído en el sonido y cada cosa para su propio fin, y el deseo del alma, para impulsarla hacia Cristo. Allí está su reposo porque él es el bien y la verdad, él es todo lo que deseamos” (560 D - 561 A).

La experiencia sacramental colma el deseo del hombre, pero al mismo tiempo sobrepuja todo deseo. Sin duda el hombre es para Dios como el ojo es para la luz y el oído para el sonido; pero, según la palabra de san Pablo (*I Co* 2,9): “lo que el ojo no vio, ni el oído escuchó, ni el corazón del hombre deseó, Dios lo ha preparado para aquellos que le aman”.

“De la misma manera que no se desea nacer antes de saber lo que es la vida, así tampoco se podría desear previamente el bautismo, ya que no se conocen los bienes que procura. Porque el recuerdo debe preceder al deseo; y esas gracias no han despertado de antemano ningún deseo en el corazón del hombre; no se puede ni siquiera imaginarlo antes de haber tenido la experiencia” (525 D).

Un poco más adelante, Cabasilas, hablando del pecado señala que: “... se tornaba imposible al género humano bastarse para su propia curación porque nunca había gustado de la libertad y no habiéndola experimentado ni siquiera podía desearla ni reclamarla con sus deseos ni insubordinarse contra la tiranía” (537 A). “Cuando se ha gustado a Dios, es muy difícil perder su gusto. Por eso san Pablo, que prefiere ser anatema, separado de Cristo por salvar a sus hermanos de raza (*Rm* 9,3) es un caso excepcional, porque renunciaba de ese modo, no a lo que

hubiese deseado vagamente, sino a lo que conocía claramente “porque había gustado ya por experiencia, la belleza de Cristo” (720 A).

3. La experiencia sacramental está al alcance de todo cristiano

Tal vez haya en esto una reacción de Cabasilas contra ciertos círculos hesicastas y ciertas técnicas para provocar la experiencia. Tal vez se trate solamente de mostrar que la experiencia espiritual no está reservada a la vida monástica, sino que todo fiel puede acceder a ella por el camino de los sacramentos:

“Para invocar a Dios no se necesita ni una preparación extraordinaria a la oración, ni un lugar especial, ni grandes gritos. En ninguna parte está Dios ausente, imposible, por lo tanto que no esté también en nosotros, pues al que lo busca le está más adherido que su propio corazón” (681 B).

No se necesita en absoluto de una vida solitaria, ni es necesario entregarse a penitencias inauditas: la obediencia a los mandamientos y la práctica de los sacramentos son los medios puestos a disposición de todos los hombres para gustar a Dios, participando en su gozo.

“Aquellos que lo aman sólo a El pueden experimentar un gozo libre de toda tristeza, porque el Bienamado dispone de todo: gozo inmenso sobrenatural y divino (...). Así como es inevitable a quienquiera sirva a los hombres el sufrir, así, por el contrario, todo hombre que sirve a Cristo encuentra necesariamente la alegría” (716 D - 717 A).

4. La experiencia sacramental, pregusto de la vida eterna

En esto también Cabasilas, que matiza más que sus contemporáneos, tiene mucho cuidado en reservar para el más allá la experiencia perfecta y permanente.

“En la vida presente, los justos son perfectos en cuanto a la voluntad, pero no aún en cuanto a la inteligencia: encontrarás en ellos el amor perfecto, pero no la plena visión de Dios. Aun si viviendo de la vida de aquí abajo tienen la perspectiva del futuro y la experiencia anticipada de la recompensa, no es de un modo continuo, ni con nitidez, ni perfecto: esto no es compatible con la vida presente” (724 A).

Sin embargo, la vida de aquí abajo permite ya una experiencia de la vida del más allá: no hay solución de continuidad para los santos. Por eso la comparación de la vida terrestre con la vida fetal no es rigurosamente exacta:

“Así como el embrión mientras permanece en la vida oscura y confusa, es preparado por la naturaleza para la vida en la luz, y es como modelado según la vida que lo espera, así los santos (...). Pero el embrión no puede conocer de antemano esa vida mientras que los bienaventurados tienen desde ahora muchas revelaciones sobre el mundo futuro. Esto es así porque los embriones no tienen aún esa vida, es para ellos rigurosamente futura, ninguna luz de afuera los alcanza, nada de lo que es nuestra vida. Pero para nosotros no es así: “el mundo futuro está ya como difundido y mezclado en el mundo presente” (496 B-C).

5. La experiencia sacramental concede el gozo, fruto del Espíritu Santo

Los sacramentos son los medios privilegiados para el don del Espíritu Santo. Cabasilas muestra gran predilección por esa cita de san Pablo: “El fruto del Espíritu Santo es el amor, el gozo” (*Ga*

5,22; 561 D, 724 D, etc.). El gozo es el mejor criterio de la experiencia de la gracia porque es el signo infalible de la presencia de Dios:

«A un máximo de amor corresponde un máximo de gozo: gozar es función del amor; inmenso es el gozo que proviene de un amor inmenso. No podemos dudar que las almas encierran en sí mismas una capacidad inmensa y maravillosa de amor y de gozo que entra en acción desde el momento en que el Hermoso por excelencia, el Bienamado se presenta a ella; es lo que el Salvador llama: el gozo perfecto (*Jn 15,11*). Por eso, cuando el Espíritu Santo desciende a un alma, entre los dones que deposita en ella, vienen en primer lugar, “el amor y el gozo”. ¿Por qué? porque Dios, al venir hacia nosotros, en primer lugar hace sentir su presencia en nosotros. Y quien sienta la presencia del Bien, lo ama y se alegra de Él, necesariamente».

*Abbaye Saint-Martin
86240 - Ligugé
Francia*